

tú, hijo del pueblo, que padeces encorbado bajo el peso de tus miserias; tú, que no has sentido bajar aun á tu conciencia el áura de la libertad; tú, desposeído de todo derecho; tú, desgraciado, pon tu cofianza en Dios, y sentirás resonar en los aires un suave concierto, semejante al que oían los pastores de Nazaret, cuando los ángeles del Señor les anunciaban la buena nueva; una voz divina que te anuncia que la injusticia no es eterna; que la libertad se extenderá tambien sobre tu frente; que tus hijos al ménos verán esa tierra de promision, que ahora ves tú con los ojos del alma retratarse tranquila en el espejo de tu esperanza.

LA FORMULA DEL PROGRESO.

I.

Los hombres apegados al sentido de la sociedad antigua y encariñados con su silencio sepulcral, con su inmovilidad, lamentan las contradicciones de esta sociedad, la existencia de sus partidos. El ruido que producen las luchas ardientes de la tribuna y de la prensa, el clamoreo de los comicios, el ardor de las polémicas, la renovacion de los gobiernos, parece indicio seguro de que la sociedad, como nave que ha perdido en la tempestad el timon y las velas, va á dar en los abismos, á desaparecer entre las ráfagas de los huracanes. No es posible, dicen, que exista una sociedad que concede á todos sus hijos la libertad de pensar; una sociedad maltratada por tan-

tos partidos; una sociedad que cobija ideas contradictorias; una sociedad en que el hijo suele no pensar como el padre, ni el hermano como el hermano; una sociedad, en fin, que tiene por ley de su naturaleza la guerra, no es posible que exista una sociedad de esta suerte, sin traer el desconcierto, sin producir, como el árbol venenoso, la muerte. ¡Felices, dicen, aquellos tiempos, tranquilos como la inocencia, hermosos como la niñez, en que la voluntad del rey dominaba todas las voluntades, y la conciencia del sacerdote todas las conciencias, y el gobierno era como un patriarca, y la sociedad como un hogar, donde nada se oía, nada más que la voz del respeto y de la sumisión de todos, ó el rezo sagrado que levantaban los corazones unidos en Dios, cuando la campana, hiriendo ora alegre, ora tristemente los aires, anunciaba el Ave-María ó las Ánimas; felices tiempos, en que ningun ciudadano se curaba de la cosa pública, dejándola abandonada al rey, seguro de que había de hacer siempre lo mejor, como sujeto á responder á Dios de sus acciones: felices tiempos, en que el hombre iba á la guerra cuando el clarín le llamaba, á morir cuando el rey quería, y exhalaba gozoso la vida en los combates, muriendo por su soberano, sin preguntarle siquiera la causa por que moría: que hasta este punto se despojaba el vasallo de su voluntad y de su conciencia!

Estos elogios tributados á la sociedad antigua me parecen elogios tributados á la muerte. ¡Feliz el que

duerme en el sepulcro, porque no siente; feliz, porque no padece; feliz, porque no piensa; feliz, porque no ama; feliz, porque no se mueve; feliz, en una palabra, porque no vive! ¿No sabéis que, al alabar esa atonía, ese silencio, esa sumisión ciega del hombre á otro hombre, ese completo sacrificio de la personalidad humana, lo que en realidad alabais es el suicidio, es la muerte?

Los gobiernos que parecen tener en la médula de los huesos el temor á todo, suelen caer en este mismo defecto, y quieren cerrar el campo de la vida á todo partido que no sea su partido, á toda idea que no sea su idea. En los tiempos que corren, hemos visto un partido en el colmo del poder y en el colmo también de la soberbia. Hagamos leyes, dijeron, que sean como una red, donde queden prendidos nuestros enemigos. Levantemos una Cámara aristocrática; porque la aristocracia pensará como nosotros y nos ayudará en nuestra obra. Abramos los comicios á los que paguen contribución crecidísima; porque ¿cómo no ha de ser moderado todo el que es rico? Sujetemos el pensamiento á leyes restrictivas; pongámosle un áncora de quince mil duros, para que no se pueda mover, ni aun flotar en su inmenso océano, y sea siempre nuestro esclavo. Cerremos todas las avenidas del poder, tapiemos todas sus puertas. Solo nosotros debemos mandar; nosotros somos la inteligencia, nosotros los mejores; sea, pues, para nosotros el poder; no haya mas partido que el par-

tido moderado. Y un estadista célebre, levantándose en el Congreso, dijo desde el banco del gobierno: al enemigo vencido, golpe de gracia. Y un jóven, demócrata antes de ayer, moderado ayer, y hoy neocatólico, dijo también desde el banco del ministerio: hemos hecho una ley de imprenta contra el partido democrático. Y la eterna razón, la eterna justicia, que nunca abandona el mundo, se sonrió desdeñosamente de tanta vanidad, y los condenó á ver pronto la impotencia de su soberbia.

La verdad es que no se puede ir contra las leyes de la naturaleza, contra las leyes de la conciencia. El espíritu es uno, como la naturaleza es una en esencia. Pero el espíritu y la naturaleza tienen sus leyes, fuera de las cuales no pueden moverse. La ley del espíritu es la contradicción, porque el espíritu es libre. Si no hubiera bien y mal, no habría moral; si no hubiera virtud y vicio, no habría libertad; si no hubiera verdad y error, no habría ciencia; si no hubiera fealdad y hermosura, no habría arte; si no hubiera materia y espíritu, no habría hombre. Esta es la eterna antítesis de la naturaleza humana. El hombre debe, sí, dominar, vencer todo cuanto le sea contrario, todo cuanto tienda á perderle; pero no debe decir: Dios mío, quítame la razón, porque puede pensar un error; quítame la conciencia, porque puede justificar un vicio; quítame la imaginación, porque puede idear la fealdad; quítame la libertad, porque puede caer en el mal; destruye mi cuerpo, mi

organización, porque puede con su contacto manchar mi espíritu. La armonía de los contrarios, la síntesis de la antítesis, es la fuerza, es la vida del hombre. El conocimiento que tiene de que existe el mal, es como un faro que le señala el bien; la conciencia de la maldad del vicio le lleva á la virtud; la existencia de la fealdad le inclina á amar más la hermosura; y el error hace resplandecer á sus ojos con luz más nueva la verdad. No queráis poner en un hombre la naturaleza de un Dios, porque haréis del hombre un bruto. Los Baltasares, los Nerones, los Calígulas han existido, porque los hombres les hicieron creer que no podían pensar error ni obrar maldad.

El espíritu humano, además de la naturaleza material, donde vive la vida del sentimiento, tiene otra naturaleza más alta, más grande, más sublime, donde vive la vida de la razón, la vida de la idea, y esa segunda naturaleza se llama sociedad. No pidáis que la sociedad no tenga las mismas leyes que el hombre; porque entonces, ó creéis la sociedad superior al hombre, ó el hombre superior á la sociedad, y de una armonía divina formáis una contradicción absurda. Las mismas leyes de la naturaleza humana deben ser las leyes de la sociedad. Si el espíritu es libre, si la libertad lleva en sí misma la contradicción, si de la contradicción resulta la armonía, como del choque de dos cuerpos la luz, pedir una sociedad sin partidos equivale á pedir un sistema plane-

tario sin leyes de atracción y repulsión, una ciencia sin controversia y sin lucha, un hombre sin cuerpo, sin materia. Mirad toda idea, y vereis como toda idea tiene tres términos, tésis, antítesis y síntesis. Mirad el tiempo, y vereis como tiene tres fases: pasado, presente y porvenir. Mirad el espíritu, y vereis como tiene tres grandes facultades: sentimiento, voluntad y razón. Pues bien, toda sociedad donde entran como factores necesarios la naturaleza, la idea, el tiempo, y sobre todo, el hombre y sus derechos, el hombre y su libertad, ha de tener las leyes de la naturaleza, las leyes del tiempo, las leyes, sobre todo, del hombre.

Los partidos tienen una razón más alta, una razón más grande, una razón más divina, digámoslo así, que la voluntad de los hombres. ¿No habeis notado como en la naturaleza cada ser es un eslabón de una cadena, un término de una serie? ¿No habeis visto que en el reino vegetal hay una progresión desde el helecho hasta el cedro del Líbano? ¿No habeis notado que en esos mundos de luz que flotan sobre nuestras cabezas hay una razón común entre la estrella fosforescente que pasa y el inmóvil sol? ¿No habeis visto que en nuestra misma alma, desde el tosco sentimiento hasta la sublime idea, hay una serie como desde el helecho hasta el cedro, desde el aereolito hasta el sol, como desde el infusorio, que vive en una gota de agua, hasta el águila, que vive en los infinitos espacios?

Eso mismo sucede en la sociedad. La idea política es una serie. Esa serie nadie puede romperla, nadie puede quebrantarla. Los partidos existirán siempre, como existirán siempre las leyes de la conciencia, las leyes de la naturaleza. Los que no sirvan á la causa del progreso, los que no recuerden nada, los que no conserven nada, los que no prometan nada, morirán. Pero habrá siempre partidos de recuerdos, partidos de conservación, partidos de esperanzas. Los que ayer eran conservadores, pasan hoy á ser históricos; los que eran progresivos, pasan á ser conservadores, y nace una nueva protesta, y con la protesta nace un nuevo progreso. Pero los partidos existen, porque no pueden dejar de existir; existen siempre, porque están en las leyes de la naturaleza humana. ¡Oh! vosotros los que quereis destruir el partido democrático! tan fácil es conseguir vuestro intento, como arrancar á los astros su armonía, á la idea su forma, al corazón su esperanza, á la vida sus dulces ilusiones, á la imaginación su inspiración y á la libertad el infinito espacio que Dios le ha concedido en la historia.